



የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Fifth Sunday of Zemene Fasika (Paschal Season)

Liturgical Readings:

Rom. 6:1- 15; 1 Pet. 4:4 – 12; Acts 23:15-22,

Psalm 107:16;

John 21:15– end

The Anaphora of Saint Dioscorus

«Cristo ha resucitado de entre los muertos,
pisoteando la muerte con la muerte,
con gran poder y autoridad divina.
Ha atado a Satanás con cadenas,
y a los que están en los sepulcros les ha dado la vida;
a Adán ha liberado,
y de ahora en adelante reinarán la alegría y la paz por los siglos de los siglos.»

¿Me amas?

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

Amados hijos del Reino, nos encontramos ante las riberas místicas del Mar de Tiberíades, donde el Señor Resucitado— habiendo quebrantado las puertas de bronce y roto los cerrojos de hierro, como declara el Salmista en el **Salmo 107:16**— se apareció una vez más a Sus discípulos. Ellos habían trabajado durante las vigiliadas de la noche sin pescar nada: un símbolo conmovedor del alma que se esfuerza sin la luz de Cristo. Sin embargo, ante Su palabra, las redes se llenaron, y después de haber partido el pan con el Maestro, se desarrolló un diálogo divino que sigue siendo la piedra angular de nuestra vocación pastoral. Nuestro Salvador se volvió hacia Simón Pedro y le hizo una pregunta que penetró como una espada de dos filos: *“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?”*

Esta no fue una mera indagación, sino una restauración medicinal. Bajo la sombra de la Pasión, Pedro se había jactado con el orgullo de la carne, diciendo: *“Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré”* (**Mateo 26:33**). Sin embargo, cuando llegó la hora de las tinieblas, el zarandeador de almas—Satanás— deseó tenerlo para zarandearlo como a trigo. Nuestro Señor le había advertido de este peligro, prometiendo orar para que su fe no faltara, a fin de que finalmente pudiera fortalecer a sus hermanos (**Lucas 22:31-32**). Habiendo caído tres veces junto al fuego de la negación, Pedro se encontraba ahora temblando ante el Fuego de la Divinidad. Ya no se jactaba con el orgullo de la carne, ni pretendía amar más que sus pares; en cambio, despojado de toda confianza en sí mismo y revestido de la quieta humildad de un verdadero arrepentimiento, el pastor herido se encontró con el Buen Pastor. En este sagrado momento de restauración, simplemente apeló a la omnisciencia de Dios, clamando: *“Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”*.

Ante esta sentida confesión, el Señor respondió con la triple comisión que define el cuidado eterno de la Santa Iglesia: una misión renovada por la gracia. Triple fue el encargo dado a aquel que una vez había vacilado:

Primero, Él ordenó: **“Apacienta mis corderos”** —los pequeños en Cristo y los hijos de la fe. Estas almas inocentes, tiernas de mente y de corazón, deben ser nutridas con la "leche espiritual no adulterada", protegidas de las sombras del error por la gracia del Santo Bautismo y el sello perdurable del Espíritu.

Segundo, le encargó: **“Pastorea mis ovejas”** —la juventud que debe crecer en medio de las tempestades nacientes del orgullo, la lujuria y la vanidad mundana. Estos deben ser guiados con cuidado paternal a través del desierto de la tentación, para que no se desvíen hacia las tierras áridas de la incredulidad.

Finalmente, ordenó: **“Apacienta mis ovejas”** —los fieles maduros y los ancianos del rebaño. Son ellos quienes deben permanecer firmes en la adoración al Altísimo, anclados en las alturas del Amor Divino e inamovibles ante las tormentas cambiantes de este mundo. A través de este diálogo divino, la fragilidad del hombre se entretejió en la fuerza de la Iglesia, demostrando que donde el amor se restaura, la misión es eterna.

En este sagrado intercambio, vemos el misterio de nuestra transformación. Como enseña San Pablo en **Romanos 6:1-15**, nosotros, que fuimos bautizados en Cristo, fuimos bautizados en Su muerte, para que, así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Pedro, una vez muerto en su negación, estaba ahora vivo para Dios. Esta vida nueva, sin embargo, no es un camino de facilidad mundana, sino de testimonio sacrificial. Nuestro Señor profetizó la naturaleza del fin de Pedro: *“Cuando eras joven, te ceñías a ti mismo... mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras”*. Dijo esto para significar con qué muerte Pedro había de glorificar a Dios: una muerte con las manos extendidas sobre una cruz, reflejando al Maestro de quien una vez huyó.

Aprendemos de los **Hechos de los Apóstoles (23:15-22)** y de las epístolas universales que la vida del fiel es de constante vigilancia contra las conspiraciones del enemigo y las pruebas del mundo. El mismo San Pedro nos exhortó más tarde, en **1 Pedro 4:4-12**, a no extrañarnos del "fuego de prueba" que nos sobreviene para probarnos, como si alguna cosa extraña nos aconteciese, sino a gozarnos por ser partícipes de los padecimientos de Cristo. Esta es la esencia de la vida ortodoxa: amar a Cristo es abrazar Su Cruz. Un siervo de la Iglesia no puede ser un mercenario; aunque posea lengua de ángeles, el celo de los profetas o el conocimiento de los sabios, si le falta el amor de Cristo, su ministerio no es sino un címbalo que retiñe. Seguirle es renunciar a nuestra propia voluntad, ser “ceñidos” por el Evangelio y ser llevados no a donde nuestra carne desea, sino a donde la gloria de Dios exige.

Que el Dios Todopoderoso, que restauró al Príncipe de los Apóstoles, nos conceda el espíritu de verdadero arrepentimiento y el fuego del amor divino, para que podamos guardar fielmente el rebaño que Él adquirió con Su propia Sangre.

¡Cristo ha resucitado de entre los muertos! Gloria a Dios. Amén.